

Colección

 StuG3

La campaña de Rusia

1941-1945

NUEVAS
PERSPECTIVAS



Carlos Caballero Jurado



GALLAND BOOKS

www.gallandbooks.com

LA CAMPAÑA DE RUSIA 1941-1945 NUEVAS PERSPECTIVAS



CARLOS CABALLERO JURADO

© Carlos Caballero Jurado

© Galland Books S.L.N.E.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna, ni por ningún medio, ya sea informático, electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso de los propietarios del copyright.

Título original: La Campaña de Rusia. Nuevas perspectivas

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-16200-49-8

Depósito legal: DL VA 249-2017

Diseño y maquetación: Boca Multimedia

Tratamiento de imágenes: Boca Multimedia

Imprime: Angelma

Impreso en España.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra con fines comerciales sin el consentimiento del autor, bajo otra cubierta o encuadernación distinta a éstas en que se publica, y omitiendo estas palabras.

Introducción

Cuando estudiaba la carrera de Historia, para nosotros¹, los alumnos de Letras, una fuente importantísima de información eran los libros de la colección Libro de Bolsillo de Alianza Editorial. En aquella colección, que marcó una época y retrataba los intereses culturales de los españoles, hubo que esperar a su número 1.723 para que apareciera un libro titulado La Segunda Guerra Mundial, que firmó Ricardo Artola².

Lo modesto del libro, su tardía aparición, y su escasa calidad reflejaban bien que en España este tema de la II Guerra Mundial no era precisamente uno de los que se consideraban importantes. Sin embargo, a escala española, aportó una novedad fundamental. Confesaba el autor, nada más empezar el volumen, que pretendía *«dar una visión general más equilibrada, frente a la visión popular del conflicto intoxicada por la óptica estadounidense que ha dominado la escena desde la inmediata postguerra»*, y que se había visto muy condicionada por la Guerra Fría, para señalar específicamente que *«he tratado de dejar claro que fue la confrontación entre Alemania y la URSS la que en última instancia decidió la guerra»*.

Un joven oficial soviético con sus condecoraciones ganadas en la denominada por la propaganda «Gran Guerra Patria».



Sin embargo, la realidad es que después el espacio dedicado al Frente de Rusia no estaba a la altura de esa afirmación. En un libro de 224 páginas el capítulo titulado «Operación Barbarroja» –nombre que recibió el ataque alemán a la URSS– que cubría la lucha en los años 1941 y 1942 tenía 17 páginas. Las peripecias en el frente del Este desde 1943 a 1945 se narraban más adelante, en un subcapítulo, y sumaban 14 páginas más. Treinta páginas: bien poca cosa. Pero hay que reconocer que Artola estaba rompiendo con una larga tradición: la de presentar la II Guerra Mundial como una batalla librada fundamentalmente por los Aliados Occidentales contra el III Reich.

España, geográfica, histórica y culturalmente, está donde está, así que desde luego no tiene nada de extraño que sean las creaciones culturales (en general) e históricas (en concreto) procedentes de los EE. UU., Francia y Gran Bretaña las que hayan moldeado nuestra comprensión de lo que ocurrió en el



El que todos los veteranos de la «Gran Guerra Patriótica» se pasearan a diario luciendo todas las condecoraciones que habían ganado en ella era un rasgo distintivo de la sociedad soviética, que heredó la Rusia postcomunista.

En la II Guerra Mundial los submarinos alemanes nunca fueron un peligro real para Gran Bretaña, aunque así lo haya hecho creer la propaganda inglesa. En realidad los submarinos teutones de la I Guerra Mundial tuvieron mucho más éxito.

mundo entre 1939 y 1945. La visión soviética o rusa de los hechos nos era por completo desconocida.

Una ventaja que me da la edad es haber visto cosas que ya no existen. Y en este caso me refiero a la Unión Soviética a donde, debido a que entonces practicaba el alpinismo, viajé en dos ocasiones antes de que cayera el comunismo, en 1983 y 1985.

Mis compañeros de viaje eran eso, alpinistas, poco o nada preocupados por la historia. Eso sí, como cualquier hijo de vecino, en los ratos que estuvimos en hoteles de ciudades rusas camino de lugares tan remotos como eran el Cáucaso y el Pamir, que era a dónde íbamos, y aunque no tuviéramos ni idea del idioma, inevitablemente encendíamos la televisión. Mis acompañantes se quedaron estupefactos al comprobar que prácticamente todas las películas rusas que llegamos a ver estaban ambientadas en la Segunda Guerra Mundial. De su lenguaje cinematográfico se sacaba enseñada la conclusión de que no eran precisamente obras de arte, pero tampoco lo son las infinitas producciones de serie B norteamericanas con las que se nos bombardea, así que mis compañeros me preguntaron cómo era posible que nunca hubieran visto ni una sola película de ese tipo en España, cuando era evidente que eran abundantísimas. No menos sorpresa les causaba ver por las calles –literalmente– a centenares de civiles que lucían en sus chaquetas pasadores con las medallas que habían ganado en la que ellos llaman Gran Guerra Patriótica (la guerra había acabado hacia 40 años y muchos de los veteranos de aquel conflicto estaban entre los 60 y 70 años). Todo lo que veíamos desafiaba la visión que teníamos de la Segunda Guerra Mundial, que parecía un conflicto donde los actores principales eran, por un lado los alemanes, claro, y por el otro los norteamericanos, ingleses y hasta los franceses.

A título personal, confesaré que a mí la Segunda Guerra Mundial siempre me ha interesado muchísimo. Y recuerdo perfectamente que el primer libro que leí sobre el tema, cuando aún no





Los británicos son los auténticos creadores del «mito Rommel».

La ciudad de Colonia arrasada más allá de toda lógica por los bombardeos terroristas aliados. Pero esa devastación no acortó la guerra, y solo sirvió para que el pueblo alemán abandonara tras 1945 todo afán de revancha.

había cumplido quince años, y que me regaló una de mis hermanas mayores, fueron las memorias de Rommel. Me fascinaron y durante años creí que aquel había sido el mejor general alemán y las luchas en África, decisivas. Cuando bastante después leí una biografía que le dedicaba un historiador británico, militar de profesión, y vi que lo ponía por las nubes, creí ratificada mi visión sobre aquel personaje. En realidad, ahora sabemos muy bien que –en el conjunto del generalato alemán– Rommel fue un general bastante normalito, nada excepcional. Si los británicos lo habían puesto por las nubes era para poder decir: «*Ves, pues a este le derrotó nuestro Montgomery...*» No es un caso único de cómo se llegó a exaltar a algún militar o cuerpo de tropas alemán, para así obtener el rédito que se derivaba de haberles vencido.

Si se habla de la Armada alemana en la Segunda Guerra Mundial, inevitablemente se habla de los submarinos, y se llega a decir por parte de autores británicos o norteamericanos que supusieron un gravísimo peligro. Hoy sabemos muy bien que no fue así. En español, nos lo ha puesto muy claro Santiago Mata³ en un recién publicado libro, que ha demostrado que el Arma Submarina teutona en la Segunda Guerra Mundial no fue un modelo de eficacia o rentabilidad militar, y que jamás puso en peligro el dominio del mar de los anglonorteamericanos: solo quienes estaban interesados en que pareciera que hubo una gigantesca y decisiva batalla en el Atlántico han difundido esa idea, y esos eran precisamente los Aliados occidentales: así podían decir que ellos habían vencido a tan terrible enemigo.

Otro ejemplo de este relato falso sobre los distintos frentes de combate en la II Guerra Mundial lo encontramos en cómo se nos ha contado la campaña aérea contra el III Reich. Fue una campaña militarmente inútil pues no ayudó de manera significativa a la derrota alemana, económicamente ruinoso para los británicos (e incluso para los norteamericanos) y moralmente condenable, en tanto que supuso la muerte innecesaria de centenares de miles de civiles; podríamos decir que fue un



crimen de guerra. Cuando el alemán Jörg Friedrich⁴ sugirió esta idea en su libro sobre el tema, traducido a casi todos los idiomas europeos, incluido el nuestro, sufrió un auténtico linchamiento mediático. Pero en esencia es lo mismo que dice ahora el muy respetado autor británico Richard Overy⁵ en su muy reciente libro sobre el tema: «*El bombardeo estratégico anglonorteamericano no fue más que una quimera costosa y asesina*». A cada verdad le llega su momento y nos debemos alegrar de que un autor español, Fernando Paz⁶, ya hubiera formulado esa conclusión hace algún tiempo en su libro sobre los bombardeos aéreos en la Segunda Guerra Mundial.



Los tremendos recursos dedicados a la campaña de bombardeo aliado habrían tenido mucho más eficacia empleados de otra manera.

Pese a que como acabamos de ver, tenemos en España excelentes historiadores que escriben sobre la Segunda Guerra Mundial, no cabe duda de que este conflicto interesa mucho más fuera de nuestras fronteras que dentro de ellas, por razones obvias, y que la mayor parte de los libros que podemos «consumir» sobre este tema son de autores extranjeros. Y siguen dominando los británicos. Los franceses, no por casualidad, no prestan tanta atención a este conflicto, en el que su papel fue –por decirlo en palabras elegantes– patético. Y los norteamericanos, en la medida que usan la Guerra para justificar su actual hegemonía mundial tienden a presentarla aun de una manera muy propagandística, en la que ellos representan el papel de «buenos de la película». Son los autores ingleses, libres ya de la hipoteca ideológica de tener que justificar su imperialismo, los que están dando a la imprenta las obras más interesantes.

Sentado sobre un busto de Stalin y con una botella de alcohol en la mano, este soldado alemán parece estar celebrando el triunfo sobre el Ejército Rojo. Pero el aparente éxito de la campaña alemana del verano de 1941 se revelaría engañoso.

Hay que citar inevitablemente a Max Hastings⁷ que, por activa y por pasiva, ha repetido que fue el Ejército Rojo y no otro el que derrotó a la Wehrmacht: «*Entre junio de 1941 y diciembre de 1944, Alemania perdió a 2'4 millones de hombres que murieron en el Frente Oriental frente a los 202.000 que perecieron mientras hacían frente a los anglonorteamericanos en el Norte de África, Italia y el noroeste europeo. La contienda entre el Ejército Rojo y la Wehrmacht hizo parecer ridícula la campaña occidental en escala, intensidad y ferocidad*».



Hay otros autores británicos que han sabido centrar en el Frente Oriental su relato de la II Guerra Mundial y cuya lectura les recomiendo:

Norman Davies⁸ y Timothy Snyder. El primero, buen conocedor de Europa Oriental en tanto que especialista en historia de Polonia, no ha dudado en señalar que en la Segunda Guerra Mundial lo que vemos es que un poder totalitario y criminal –la URSS de Stalin– derrota a otro –el III Reich– y como consecuencia lo que se produjo fue: la perpetuación de un régimen de dictadura en el país más extenso del mundo –la URSS–, y la entronización de la opresión extranjera sobre la mitad de Europa durante casi medio siglo (solo por hablar de las consecuencias en esta parte del mundo...)

Como Stone, Snyder⁹ es un autor que está corrigiendo un vicio historiográfico que ha durado demasiado: el que nos llevaba a poner el foco de luz tan solo sobre Hitler y su III Reich. Snyder, en una obra memorable, también nos ha retratado con profundidad y rigor los devastadores resultados de las políticas stalinistas en las «tierras de sangre», las martirizadas tierras de Europa Oriental.

La mayor campaña militar de la historia

A estas alturas podemos afirmar con tanta rotundidad como seguridad que, en la Segunda Guerra Mundial:

1º– El teatro de operaciones europeo es el principal y el de Asia-Pacífico es muy secundario.

2º– En el teatro de operaciones europeo, el Frente Oriental es, y de lejos, el más importante, y con seguridad, el decisivo. Si en la Primera Guerra Mundial la suerte de la guerra se decidió en el Frente Occidental, sin duda, en la Segunda tal decisión se produjo en el Frente Oriental.

Por el volumen de hombres que intervinieron y los medios que desplegaron, por la intensidad con que combatieron y el número de bajas que se padecieron, cuando hablemos de la batalla germano-rusa entre 1941 y 1945, vamos a hablar de la mayor campaña militar de la historia de la humanidad. Y la más letal.



Mussolini saluda a Franz Ritter von Epp en presencia de Hitler. Hasta finales de 1941 la victoria del Eje Berlín-Roma pareció algo inmediato, inevitable.

En la imagen soldados soviéticos colocan la bandera comunista sobre el Reichstag. Que el Ejército Rojo acabará entrando en Berlín era algo impensable en 1941, salvo para un grupo de fanáticos comunistas.





Alemania usó a fondo a sus artistas para exaltar la figura de sus soldados. El llamado «arte militar» del III Reich aun hoy sorprende por su calidad.

Paracaidistas alemanes en Montecassino. La superioridad del soldado alemán sobre sus enemigos británicos y norteamericanos está fuera de toda duda.

Hace poco, en la revista «El País semanal» que se difunde junto al diario los domingos, había un gráfico sobre las cinco batallas más sangrientas de la historia. Cuatro de ellas habían tenido lugar en el Frente del Este entre 1941 y 1944, y solo la quinta por importancia correspondía a una de las batallas más destructivas de la I Guerra Mundial en el Frente Occidental, y eso pese a que las batallas de ese frente en aquella guerra tienen bien merecida fama de haber sido carnicerías.

Pondré un ejemplo muy concreto para que salte a la vista la diferencia de escala entre el Frente Oriental y los demás: un español informado sobre la Segunda Guerra Mundial reconocerá sin dificultad el episodio de la Batalla de Montecassino. Pero difícilmente habrá oído hablar de las Batallas de los Altos de Sinyavino, y digo batallas porque en el mismo lugar se libraron hasta seis grandes batallas. En todas ellas se luchó por lo mismo: la apertura de una vía de comunicación terrestre entre el cercado Leningrado y el resto de la URSS. La primera de esas batallas se libró en septiembre de 1941 y la segunda entre agosto y octubre de 1942. Otras cuatro grandes batallas se libraron en el mismo lugar en 1943, entre enero y septiembre. En conjunto, por el dominio de unas pequeñas colinas al sur del Ladoga, que se alzan apenas 50 metros sobre el nivel del mar, se combatió durante 384 días y, por término medio, los germanos estuvieron enfrentándose a unas fuerzas soviéticas que rondaban los 250.000 hombres, causando en total en esos combates 400.000 bajas al Ejército Rojo. En la tercera de esas batallas tomó parte, por cierto, un batallón español de la División Azul y muestra evidente de la crudeza de aquellos combates es que, habiendo entrado en





Este cartel, redactado en lengua estonia, exaltaba la capacidad militar teutona.

línea con más de 500 hombres, al ser retirado del frente –una semana después– no quedaban indemnes más que 20.

La Batalla de Montecassino (en 1944) duró 123 días, y en torno al monte donde radicaba la famosa abadía, de más de 500 metros, los Aliados amasaron por término medio 100.000 hombres, que sufrieron en total 20.000 bajas, y sin embargo es más famosa, pese a ser de una escala mucho menor. Cualquier español estudioso de la Segunda Guerra Mundial sabe que en esa misma batalla, la fase final y resolutiva corrió a cargo del Cuerpo de Ejército Polaco que servía en Italia integrado en el ejército británico, que sufrió en el empeño bajas especialmente elevadas. Según quien fuera su comandante, el general Wladyslaw Anders, un total de 860 muertos, 2.822 heridos y 102 desaparecidos entre el 11 y el 29 de mayo de 1944, una media diaria por tanto de 48 muertos y 157 heridos. Ese sacrificio le ha valido a los polacos fama de aguerridos y sacrificados, pero las cifras de bajas polacas quedan en bien poca cosa si las comparamos con las que sufrió la División Azul en la Batalla de Krasny Bor, cuando en una única jornada de lucha encajó pérdidas evaluadas entonces en 1.127 muertos, 1.035 heridos y 91 desaparecidos. Este combate, pese a ser infinitamente más sangriento, sin embargo es absolutamente desconocido por el público, salvo que tenga interés especial por la División Azul, y en los libros más difundidos en España sobre la campaña en el Frente del Este, ni siquiera es citado, por la sencilla razón de que hubo otros muchos de análoga escala. Y muchos de muchísimo mayor escala. Y de estas, solo aquellas que habían llevado a que los frentes se movieran centenares de kilómetros hacia el Este o el Oeste (como las de Moscú, Stalingrado o Kursk) aparecían en nuestros libros.

Existe, por tanto, un claro problema de falta del debido conocimiento sobre lo que representó la lucha en el Frente del Este, sus colosales dimensiones y sus increíblemente duros combates. Uno de los autores que más ha contribuido a corregir esa defectuosa perspectiva que tenemos sobre aquel frente ha sido el norteamericano David M. Glantz¹⁰. Pero de su vasta obra, hasta ahora solo un título ha sido traducido al español, y no es el más importante.

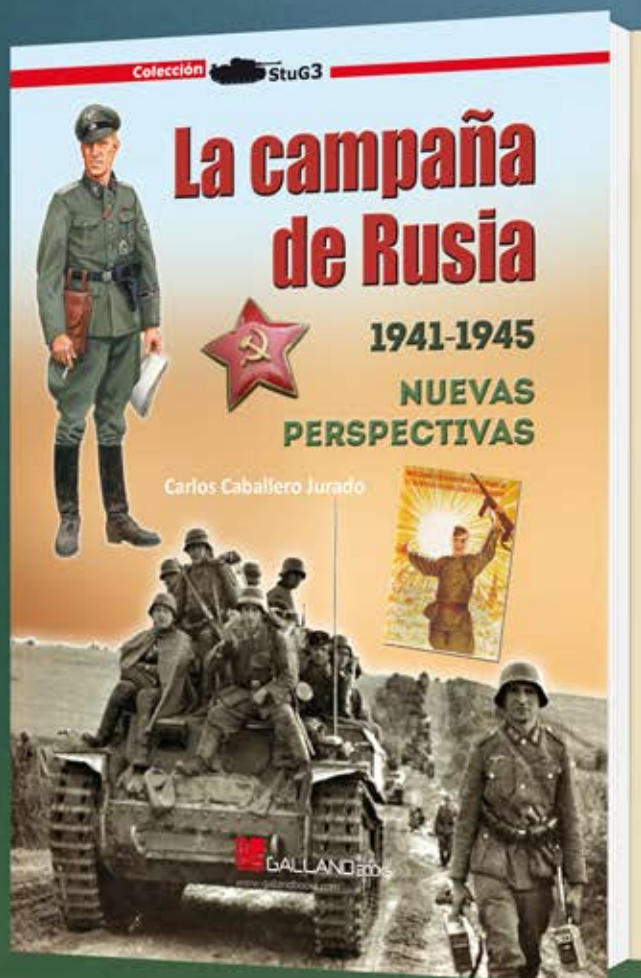
Primer plano de un soldado de la División Azul. La unidad de voluntarios españoles pudo sentir en sus propias carnes el terrible letalidad del Frente del Este.



UN ESTUDIO PROFUNDO Y NOVEDOSO SOBRE LA
MAYOR CAMPAÑA DE LA II GUERRA MUNDIAL

LA CAMPAÑA DE RUSIA

1941-1945 NUEVAS PERSPECTIVAS



En 1941, cuando la Wehrmacht se abalanzó sobre la URSS parecía un ejército invencible. Pero algo fallaba, aunque el gran público aun no lo notara: los planes alemanes calculaban que para finales de agosto el Ejército Rojo ya iba a estar liquidado, y no solo no lo estaba sino que seguía combatiendo.

Los estrategas alemanes tenían muy claro que la única guerra que el Reich podía ganar era mediante una serie de cortas y victoriosas campañas relámpago, separadas entre sí por los meses suficientes para que Alemania y su Wehrmacht recuperara fuerzas. Así se esperaba que fuera la Campaña de Rusia. La Blitzkrieg pasó a la historia ante Moscú.

La derrota alemana en Stalingrado fue la segunda batalla decisiva de la Segunda Guerra Mundial: Alemania, sin el petróleo del Cáucaso, ya no podría ganar la guerra, de ningún modo. Pero aún el conflicto podía acabar «en tablas».

Kursk iba a ser la tercera batalla decisiva de la Segunda Guerra Mundial, pues demostró que Alemania iba a perder la guerra: su principal activo, su máquina militar, había perdido su antiguo poder decisivo.

De las innumerables derrotas causadas a la Wehrmacht por el Ejército Rojo en 1944, ninguna tan completa y humillante como la registrada en la llamada «Operación Bagration», lanzada el 22 de junio de 1944, en la que todo el Grupo de Ejércitos Centro alemán fue fulminado, en la mayor derrota de toda la historia militar alemana.



P.V.P.
12€

- Color y B/N
- 64 páginas
- Formato: 17X24 cm
- Encuadernación:
Rústica

 **GALLAND BOOKS** editorial
www.gallandbooks.com

Si desea este libro solicítelo por teléfono,
e-mail o correo ordinario.

GALLAND BOOKS S.L.N.E.

C/ Mateo Seoane Sobral 26 - 47004 VALLADOLID

Tlfs: 983 116 527 / 983 290 774 Fax: 983 116 528

E-mail: pedidos@gallandbooks.com